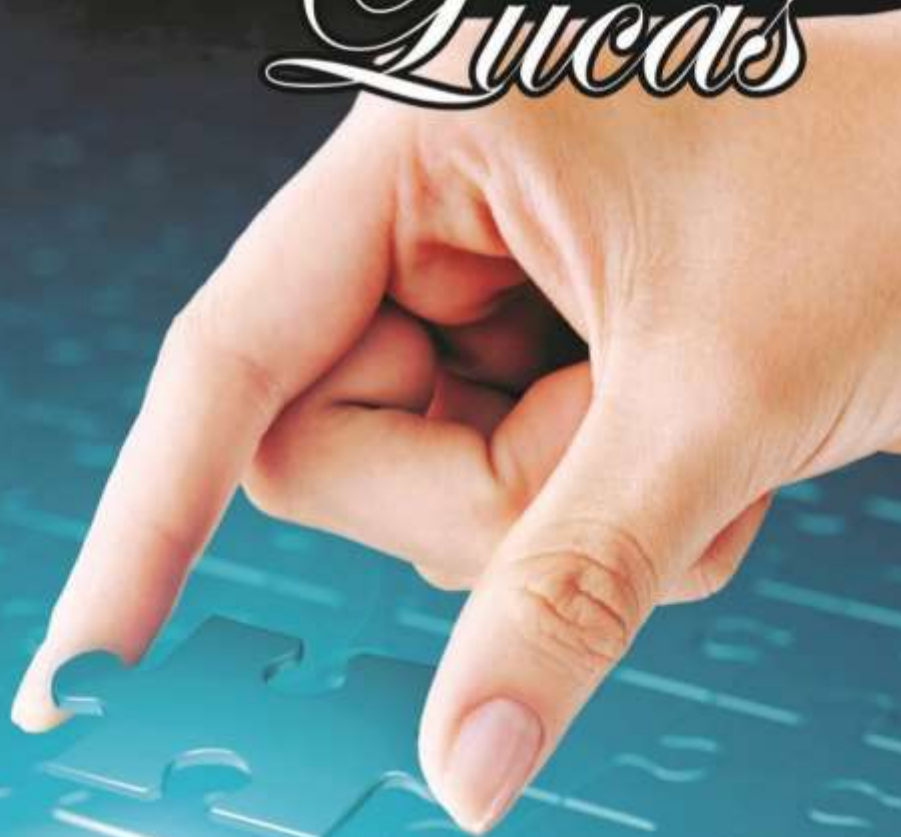


Ediciones Lucas



*"Cómo Edificamos Sobre El Nuevo Cimiento Que Es Cristo Para
Nuestra Verdadera Liberación" - Parte I - EL-010820-053*

*"Cómo Edificamos
Sobre El Nuevo
Cimiento Que Es Cristo
Para Nuestra
Verdadera Liberación"*

Parte I

© 2020 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: agosto 2020

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010820-053

**“Cómo Edificamos Sobre El Nuevo
Cimiento Que Es Cristo
Para Nuestra Verdadera
Liberación”
Parte I**

En el tema anterior, titulado: **“En Qué Debemos Pararnos Para Empezar Nuestra Verdadera Liberación”**, explicamos que hay un cimiento antiguo que debemos quitar. Dijimos que ese cimiento antiguo y caduco estaba compuesto por dos materiales nocivos que son:

- 1. La naturaleza caída de bajeza, y**
- 2. Lo que aprendimos de la Ley y el mal uso que hicimos de ella.**

Lo primero que debemos hacer es quitar el cimiento antiguo para

S
E
M
A
N
A
—
1
—

luego poder edificar sobre el nuevo cimiento que es Cristo.

Dice:

1 Pedro 2:4

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, ⁵vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. ⁶Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en él, no será avergonzado. ⁷Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; ⁸y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados”.

Según este pasaje, Cristo es la piedra viva en la cual debemos edificar.

Este estudio va dirigido a aquellos creyentes que no han perdido la esperanza de que Dios haga algo con ellos, a aquellos que todavía creen a la palabra del Señor, y a aquellos que esperan que la verdad los haga libres. No vamos a predicar otro Evangelio que no sea lo que enseñó nuestro Señor Jesucristo. Hemos de pregonar que el Señor es Poderoso para liberarnos y transformarnos.

Dios nos permita ser de los que anhelan el milagro de ser transformados. En la Biblia leemos el caso de un hombre que era paralítico, que llevaba ya treinta y ocho años postrado en una cama. Cuando el Señor lo vio, le dijo: “¿Quieres ser sano?”. La pregunta que el Señor le hizo a aquel hombre parecía ser innecesaria, sin embargo, Jesús quería escuchar una

respuesta sincera de parte de aquel hombre. A veces podemos llegar a perder la esperanza, nos pasan los años, y cuando venimos a darnos cuenta, en el interior hemos claudicado de la fe. Nos sucede que ya sólo tenemos el cascarón de la religión, pero hemos perdido el deseo de un cambio profundo en el interior. Cristo es eficiente para transformarnos, y además Él puede y quiere hacerlo.

Dice:

Gálatas 2:19

“Porque yo, por medio de la Ley, a la Ley he muerto, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, 20 y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, quien me amó, y se entregó a Sí mismo por mí. 21 No rechazo la gracia de Dios, porque si por la Ley fuera la justicia, entonces en vano murió Cristo” (BTX).

Vamos a resaltar cinco frases significativas que aparecen en este pasaje, con el fin de explicarles cómo edificar en el nuevo cimiento:

- 1) *“Por medio de la Ley, a la Ley he muerto... con Cristo he sido crucificado”.*
- 2) *“A fin de vivir a Dios”.*
- 3) *“Ya no soy yo el que vive”.*
- 4) *“Cristo vive en mí”.*
- 5) *“Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”.*

Cuando el apóstol Pablo estaba escribiendo esta carta, seguramente se le vinieron muchos recuerdos a la mente, sobre todo de la experiencia de tener que exhortar al apóstol Pedro por no andar rectamente en cuanto a la verdad del Evangelio (*Gál 2:11-14*). A raíz

de este suceso, se logra percibir que el apóstol Pablo escribió mucho en pocas palabras. La carta a los Gálatas es un compendio en el cual Pablo comprimió un mar de conocimiento espiritual, que con la gracia del Señor nosotros bien podremos desempacarlo gradualmente, y así entender cada día más acerca de esta Vida Divina que podemos experimentar en el Señor.

Ya vimos anteriormente que debemos de eliminar el cimiento antiguo. En este estudio, ya dijimos que Cristo es el nuevo cimiento en el cual debemos edificar nuestra vida. La intención de remarcar estas cinco frases tiene el objetivo de que sepamos lo que debemos hacer ahora que estamos parados en el cimiento correcto, que es Cristo.

1. “Por Medio De La Ley, A La Ley He Muerto... Con Cristo He Sido Crucificado”.

1.1. Lo primero que tenemos que hacer al venir al Señor es dejar todo aspecto de ley, y vivir en libertad.

Si usted no aprende a vivir en libertad, no podrá vivir realmente la Vida en el Señor.

Dice:

Gálatas 5:13 “Porque vosotros hermanos, a libertad fuisteis llamados...”.

En la misma carta también encontramos una analogía de cómo debemos considerarnos libres.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Dice también:

Gálatas 4:22

“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre.

²³Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. ²⁴Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. ²⁵Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. ²⁶Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre”.

Si hemos de cimentar nuestra vida en Cristo, no debemos volver a los aspectos de ley. El legalismo no es un rasgo espiritual. Muchos creyentes con el pasar de los años se vuelven legalistas “espirituales”, pues, piensan que de esa manera van a alcanzar muchas cosas en Dios. Hay los legalistas “en la carne”,

éstos son aquellos cimarrones que se proponen en sí mismos dejar de hacer cosas malas, con el fin de ser bien vistos delante de los hombres. Pero los legalistas “espirituales” son aquellos que tratan de hacer lo bueno, pues, creen que con eso van a obtener el favor de Dios. Ningún tipo de legalismo es un buen cimiento para nuestra vida, al contrario, es un elemento del cimiento antiguo que debemos eliminar. El Señor nos llamó a libertad, por lo tanto, debemos vivir en libertad. El apóstol Pablo sabiamente dijo:

“Porque vosotros hermanos, a libertad fuisteis llamados; sólo que no uséis la libertad como oportunidad para la carne, sino servíos los unos a los otros por medio del amor”
(Gál 5:13).

La libertad tampoco es libertinaje. La libertad consiste en poder amarnos y servirnos los unos a los otros. ¡Somos

libres en Cristo Jesús! ¡Aleluya!.
Aprendamos a vivir en libertad fuera de
todo legalismo.

Uno de los estragos que nos ha
causado la religión, a través de las
estructuras religiosas a las que hemos
pertenecido, es que ella nos enseña a
vivir de manera legalista. Con el pasar
de los años aprendemos a someternos a
mandamientos de hombres, y fincamos
nuestra vida y nuestras acciones en el
“qué dirán”. Ya dejemos de vivir
subyugados por el criterio de los
hombres que nos dicen: no gustes, no
toques, etc.

Dice:

1 Corintios 7:23

*“Por precio fuisteis comprados; no os hagáis
esclavos de los hombres”.*

Es necesario aprender a vivir en la libertad con la que Cristo nos hizo libres. Hay creyentes que se escandalizan cuando escuchan que es necesario vivir en libertad, porque asocian la libertad con el libertinaje. Jamás vamos a predicar que debemos vivir en libertinaje, pero si por anunciar que debemos vivir en libertad nos han de acusar de ser ministros de pecado, pues allá cada quien. El Evangelio que queremos predicar es aquel que nos lleve a una verdadera liberación, y que dé como resultado la santificación. No vamos a corrompemos en el pecado, pero tampoco caeremos en la trampa de volvernos legalistas. Los aspectos de ley no le han traído liberación y transformación a nadie. Ya debemos hartarnos de vivir bajo legalismo. El Evangelio no es una imposición de normas y leyes al gusto y criterio de los hombres.

Todos los que venimos al Señor debemos reconocer que estamos enfermos, que somos pecadores, que somos necesitados, y si no nos sentimos de esta manera, no somos dignos de estar en este Camino. El Señor Jesús dijo:

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”
(Mt 9:12–13).

Lo primero que tenemos que hacer para alcanzar una verdadera transformación es vivir en la libertad con la que Cristo nos hizo libres. Aprendamos a saltar de gozo, disfrutemos que estábamos perdidos y que el Señor nos encontró.

No le hagamos caso a las acusaciones, o “comentarios” de la gente, ni siquiera a lo que nuestra propia familia diga o exija de nosotros. Hay padres que cuando el hijo “rebelde” se convierte al Señor, al nomás terminar la reunión le empiezan a decir: *“Hijo, ahora que te convertiste, tienes que dejar de hacer esto y aquello porque es malo, y tienes que empezar a hacer esto y lo otro, etc.”* ¡No! ¡Cuidado! ¡El Evangelio no trabaja de esa manera! Deje que los creyentes recién convertidos al Evangelio disfruten de la libertad con la que el Señor los hizo libres. El Evangelio no es un cúmulo de restricciones, ni tampoco son cargas pesadas difíciles de llevar. Los que conocemos al Señor debemos sonreír, debemos ser alegres, debemos ser libres de la ley.

**1.2. Que conocemos al Señor,
y hemos muerto a la Ley,
también debemos vivir
sin condenación.**

Dice:

Romanos 8:1

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, 2 porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. 3 Porque lo que no pudo hacer la Ley, ya que era débil por causa de la carne, lo hizo Dios enviando a su propio Hijo en semejanza de nuestra carne pecaminosa, y por el pecado, condenó al pecado en la carne, 4 para que la exigencia de la Ley fuera cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu”.

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Debemos aprender a vivir sin condenación. Es caótico ver como la mayoría de los seres humanos son criados bajo muchos preceptos de religión, sin embargo, lo que menos quieren es venir al Señor porque siempre se sienten condenados. Para los hijos de Dios no debe existir esa sensación de condenación. El Espíritu de Vida que nos dieron nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Podemos decir que ahora estamos sujetos a esperanza, y tarde o temprano sucederá en nosotros una transformación interior. Si nos hemos convertido verdaderamente al Evangelio, creamos que el Espíritu de Vida también vivificará nuestros cuerpos mortales, y que en este tiempo puede transformarnos.

Dice:

Romanos 8:33

*“¿Quién encausará a los escogidos de Dios?
¿Dios, el que justifica? 34 ¿Quién es el que
condenará? ¿Cristo, el que murió? Más aún, Él
es quien fue resucitado, el cual también está a
la diestra de Dios, el cual también intercede
por nosotros. 35 ¿Quién nos separará del amor
de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o
persecución, o hambruna, o desnudez, o
peligro o espada?”.*

Cristo es el que murió por nosotros, Él ya nos redimió, ya nos justificó por medio de Su muerte en la Cruz del Calvario. Ya nadie puede acusarnos. Muchas veces no nos damos cuenta que nuestro propio ser es el que más nos condena, nos volvemos acusadores de nosotros mismos. Debemos pararnos en el cimiento nuevo, y echar fuera la condenación.

1.3. Si nosotros sabemos que hemos muerto a la ley, debemos vivir por los hechos consumados del Señor, y no de nuestra propia experiencia personal.

Dice:

Romanos 7:1

“¿Ignoráis, hermanos (porque hablo a los que conocen la Ley), que la Ley se enseñorea del hombre mientras vive? 2 Porque la mujer casada está ligada por la Ley al marido que vive, pero si el marido muere, queda libre de la ley del marido. 3 Así que, mientras viva el marido, se la llamará adúltera si llega a ser de otro varón, pero si muere el marido, es libre de la Ley, hasta el punto de no ser adúltera si llega a ser de otro varón. 4 Así también vosotros, hermanos míos, se os hizo morir a la Ley mediante el cuerpo de Cristo, para que llegara a ser de otro, del que fue resucitado

*de entre los muertos, a fin de que diéramos
fruto para Dios”.*

El apóstol Pablo explica por medio de la analogía de una mujer viuda, cómo nosotros podemos ser libres de la ley. Este pensamiento es el mismo que decía la carta a los Gálatas: “*Yo por medio de la Ley, a la Ley he muerto*”. Debemos de vivir por los hechos del Señor, y no por nuestra experiencia personal. La frase “*ya no hay más condenación para los que están en Cristo Jesús*”, no sólo es un pensamiento, es una verdad irrefutable, es un hecho consumado. Nuestra experiencia personal nos juega sucio, es una plataforma no fiable, hoy estamos seguros de estar de pie, y al día siguiente nos sentimos en el suelo. Hay otros que hacen una buena obra, y ya por eso creen que son “buenas personas”, lo triste es que cuando hacen algo incorrecto se deprimen, y creen que son lo peor de la raza humana; en otras

palabras, todo el tiempo viven sintiéndose entre el cielo y el infierno. Ya no debemos depender de lo bueno y lo malo, eso es depender de la ley. Creamos a los hechos de Cristo, parémonos en la fe, cimentémonos en el terreno de lo que Él hizo por nosotros. Tal como dice el pasaje que leíamos anteriormente, ya murió el antiguo marido: “*La Ley*”, y ahora nos hemos casado con un nuevo marido, “*Cristo Jesús*”, el que resucitó de entre los muertos, el que venció al pecado y a la muerte. ¡Aleluya!

Si parándonos en este terreno de fe, todavía se nos ve pecado, pues, esperemos porque tarde o temprano vendrá la liberación. No hagamos caso a los legalistas, a aquellos que nos acusan de pecadores, al fin y al cabo, dice la Biblia:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.¹⁰ Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”

(1 Juan 1:9–10).

Ningún creyente por muy “santo” que sea puede decir que no tiene problemas con el pecado. Nuestro avance en la fe será gradual, progresivo, como la luz de la aurora, de aumento en aumento hasta que el día sea perfecto. No podemos ser transformados de un día para otro por nuestro propio esfuerzo, eso es mentira. Toda intención de querer dejar de hacer lo malo, y hacer lo bueno es ley, y la ley no transforma a nadie. Una verdadera transformación sólo viene por obra del Espíritu de Dios.

Dice:

Romanos 7:5

“Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. v:6 Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra”.

La ley sólo despierta el gigante pecaminoso que tenemos en el interior, por esa razón el Señor diseñó que en Él muriéramos a ella. No veamos cuán buenos o malos somos, parémonos en el fundamento del Nuevo Pacto y creamos a la palabra porque *“ya estamos libres de la ley”*. ¡Aleluya! Ni siquiera Adán cuando estaba en el huerto, sin pecado, pudo sostenerse en pie mediante el sistema de lo bueno y lo malo, mucho menos nosotros que ya nacimos en pecado.

Dice:

Gálatas 3:3

“¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?... v:22 “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. ²³ Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. ²⁴ De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. ²⁵ Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, ²⁶ pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”.

La ley fue puesta por Dios con el fin de evidenciar nuestro pecado, ya que con ley, o sin ley somos pecadores. Desde la óptica de la ley, ningún ser humano quedó libre de la condenación, ninguno fue hallado bueno; ella sólo fue el ayo para llevarnos a Cristo, y esperar

en Él nuestra verdadera liberación. Démosle gracias a Dios por todo lo que implican los hechos consumados del Señor, porque lo que la ley no pudo hacer por causa de nuestra debilidad, Cristo lo hizo por nosotros en la Cruz del Calvario.

2. “A fin de vivir a Dios”.

El apóstol Pablo fue muy atrevido para escribir en sus cartas todo lo referente a ser libres de la ley, y la nueva Vida en Cristo. De hecho, hay palabras que él las inventó con el fin de dar a conocer el misterio que Dios le reveló, y poderlo dar a entender de mejor manera. Un ejemplo de esto lo vemos en:

Gálatas 2:19

“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios”.

La RV60 tradujo este verso “a fin de vivir para Dios”; sin embargo, al ir a los manuscritos originales, el pasaje dice: “a fin de - vivir - Dios”, por lo tanto, bajo el contexto de lo

S
E
M
A
N
A

—
4
—

que él viene diciendo, es más apegado traducirlo de la siguiente manera: “*a fin de vivir a Dios*”. Si queremos alcanzar una verdadera liberación y transformación, debemos vivir a Dios por encima de lo bueno que es conocer de Dios. Obviamente, es bueno conocer de Dios, es bueno leer la Biblia, es bueno escuchar una prédica, etc. Pero el punto que queremos resaltar es que por encima de conocer a Dios, nuestra prioridad debería ser “vivir a Dios”. Desgraciadamente, la religión institucionalizada “Evangélica” en la que nos convertimos al Señor nos enseñó muchas cosas de Dios, pero nos puso un velo para poder “vivir a Dios”. Nos enseñaron a llamarle “templo” a los locales de reunión, y en esas reuniones el predicador, domingo tras domingo, y culto tras culto, nos informaba de Dios. No es malo conocer de Dios, pero lo más prioritario es tener una experiencia de Vida con Él.

Dice:

Juan 6:31

“Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.³² Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.³³ Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.³⁴ Le dijeron: Señor, danos siempre este pan.³⁵ Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”.

Según las palabras del mismo Señor Jesús, Él nos llamó para que lo viviéramos a Él como una experiencia de Vida. Es como en lo natural, el pan es un alimento que se procesa en nuestro interior y nos causa vida, así debe ser nuestra experiencia con el Señor. La vida en Cristo debe ser orgánica, no una religión institucionalizada. El fin de

conocer al Señor es vivirlo, disfrutarlo, poseerlo, y posteriormente está bien dedicar tiempo a entender, escudriñar, etc. Cuando nace un niño, él no entiende nada, pero instintivamente abre su boca para recibir la leche del pecho materno. Ninguna mamá se va a poner a explicarle a un bebé los nutrientes que lleva la leche que ella le está dando; el bebé no entiende, sólo quiere vivir, nutrirse, y disfrutar la cercanía con su madre. Así debe ser el Evangelio; pero a la mayoría de nosotros lejos de enseñarnos a vivir a Dios, sólo nos dieron una explicación de quien era Él.

Si queremos reparar este error de fondo, obviamente surge la pregunta: “¿Y cómo *podemos vivir a Dios?*”. La única manera de vivirlo a Él es a través de nuestro espíritu, porque Dios es Espíritu. Nadie necesita ir a un instituto bíblico para vivir a Dios; tampoco se necesitan tener

experiencias sensoriales, ni una estimulación psicológica por medio de prédicas. Lo que necesitamos para vivir a Dios es poder unirnos con Él por la vía del espíritu.

Dice:

Juan 4:23

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.²⁴ Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”.